

LA GALERÍA DE LOS ANÓNIMOS

Tatiana Suárez Patiño*

Cuando pensamos en Bolivia, no como un territorio ni como un Estado, sino como la idea general del país, el primer término que llega a nuestra mente siempre es “Diversidad Cultural”.

Posiblemente esto tiene que ver con la geografía, al estar en el centro de Sur América podemos ser un poquito de todo, y de todos. O quizá se relaciona con los fenómenos sociales y políticos de los cuales hemos sido partícipes en días pasados. O será tal vez porque somos los herederos de un linaje que no ha hecho otra cosa que producir cultura incansablemente, y cabe resaltar que de muy buena calidad, pues pese al paso del tiempo y otros factores, aún quedan con nosotros muchas de esas producciones, ya sea completas o vestigios, pero permanecen.



Si levantamos la mirada de nuestra rutina, veremos que el firmamento de muchas ciudades y pueblos de Bolivia aún se ve flanqueado por hermosos campanarios. Los vemos dando la cara, tratan de opacar con su belleza a los edificios que los cercan y los cubren, o pelean contra la flora, la fauna y las sales, y pese al olvido de autoridades y de peatones, siguen mostrándonos un poderoso concepto: resistencia.

Si bajamos nuestra mirada citadina, en contextos más rurales veremos que los trozos de cerámicas prehispánicas crecen en el suelo como crecen las flores. Los vemos ahí, sentados a la espera de que una mano atenta recoja las sobras de su cuerpo y sea capaz de interpretar su historia y conservar su relato.

Y así es con todo, nuestro aquí y nuestro ahora es el resultado de lo acontecido ayer, por más obvio que esto suene, pero en este caso hay una fuerte diferencia: nuestra cultura pasada sigue aquí; camina, tropieza, sueña y vive con nosotros a duras penas, pero resiste y persiste.

Todas las y los bolivianos somos los hilos que se cruzan y entreveran en los textiles, somos la arcilla que se hace olla al besar el fuego, somos la piedra molida vuelta pigmento, somos pared de cal y adobe, con techo de paja, somos ají mezclado con papa, somos el aliento del trombón, y el eco del bombo, somos las plegarias a los santos, somos el salto del toba, y el sombrero del Chaco, somos río, pesca, siembra y Madidi, somos yuca con queso, chicha en tutuma, coca y cigarro, y el repique de campanas dentro de una bolsa de libros con mixtura.

Abigarrados somos, como decía Zavaleta Mercado,¹ y es por eso que producimos tanta cultura. Pero así como nuestros antepasados, nosotros también incasablemente producimos diversas manifestaciones culturales, y lo hacemos tan rápido que es casi imposible conservarlo todo.

* Consultora en Conservación y Restauración Escuela Taller de Restauración de La Paz. Estudia Filosofía en la Universidad Mayor de San Andrés.

Quizá ese es nuestro gran reto como país, conservar todo lo que se ha producido y todo lo que vendrá, y es por esa razón que para restarle dificultad a ese reto, dentro de la revista FUENTES se abre este espacio: “Maestro de Calamarca”.

“Maestro de Calamarca” es una columna literaria con tintes académicos, que tiene como objetivo, primero: informar al lector sobre todas las actividades que se realizan para ejecutar la conservación y la restauración de bienes culturales, entiéndase ambos conceptos con un amplio sentido en sus dimensiones sociales.

Como objetivos secundarios se busca documentar los procesos de conservación de lo heredado y lo que actualmente se produce, y con base en lo expuesto, generar bibliografía para que el investigador pueda citar y componer teoría sobre este campo tan grande que pocas veces tiene fuentes documentales.

La herencia cultural abarca un sinfín de posibilidades, sea esta oral, material, colonial, arqueológica, etnográfica, natural, etc., cuente o no con una declaratoria de patrimonio, y es precisamente por esta diversidad que los textos presentados dentro de este espacio serán escritos por los profesionales a los que les compete cada área. De esta manera se alcanzará el rigor académico que se precisa.

Este espacio, que tan gentilmente fue brindado por la revista, fue bautizado de esta manera en honor a los grandes anónimos de la cultura boliviana. Tenemos muy pocas fuentes confiables de varios creadores de cultura, y por esa falta es que resulta tan complicado muchas veces seguir el origen y el desarrollo de lo que se produce, lo que ocasiona un vacío histórico y contextual.

El “Maestro de Calamarca” fue un pintor barroco colonial, que se cree que trabajó en la actual Bolivia cerca de los inicios del siglo XVIII. Su obra cumbre fue una serie de cuadros en los que se grafican arcángeles con influencias de la pintura flamenca, pero que se sincretizaron con elementos locales; estos llevan por nombre ángeles arcabuceros o ángeles andinos. En los mencionados cuadros se leen los nombres de estos arcángeles, los mismos que concuerdan con los graficados en el famoso fresco titulado “Los siete ángeles de Palermo”.² El original de esta pieza se trataba de un icono que fue destruido, pero se mantiene una réplica en la capilla de la catedral de la misma ciudad. Este fresco inspiró al artista Jerónimo Wierix³, un

grabador manierista flamenco, quien resolvió crear grabados de los arcángeles. Él, al ser uno de los más grandes ilustradores de los jesuitas, pudo diseminar su creación por toda Europa, y por todas las tierras que este continente colonizó. Otra teoría que sugieren los conocedores es que estos ángeles tienen similitud con los ángeles de Ezcaray,⁴ que se encuentran en España y que fueron enviados a esta zona desde el Perú.

Es de esta manera que se puede rastrear cómo es que llegaron hasta nuestras tierras de forma primaria estos arcángeles. En la iglesia de piedra ubicada en Calamarca,⁵ donde casi toda su obra reposa, se pueden contar más de 7 arcángeles (un inventario fechado en 1728 nos indica que originalmente se trataban de 36 cuadros en total), a los que se los puede clasificar como ejemplos de la escuela del Collao,⁶ aunque existen otros tres cuadros dentro de esta colección que poseen diferente formato que pueden atribuirse al Maestro de Challapampa.⁷

Muchos estudiosos del arte atribuyen que detrás del pincel de esta serie estaba Leonardo Flores,⁸ el pintor de Italaque⁹ y bautizado como el Maestro del Collao. Se llega a esta conclusión mediante la observación de ciertos elementos que se presentan en los cuadros de su autoría, y en los de nuestro anónimo maestro. Estos detalles de similitud se perciben en los encajes, o en los delicados tonos que empleaba para pintar las carnaciones o las luces casi realistas aplicadas en la joyería. Del maestro Flores podemos observar algunas de sus obras en el altar mayor de la Basílica de San Francisco¹⁰ en La Paz o varios otros ejemplares en el Museo Nacional de Arte, que por cierto resguarda una extraña pieza de gran formato que hace poco culminó su restauración, donde se grafica a un “San Jorge mata dragones”,¹¹ un personaje poco recurrente por estos lares. La gran calidad pictórica de este maestro ha ocasionado que gran parte de su obra sea sustraída, la cual es muy valorada entre los coleccionistas y fetichistas del mercado negro del arte.

Otros conocedores sugieren que el Maestro de Calamarca no es otro que José López de los Ríos,¹² un emblemático pintor que fechó la conclusión de su obra más famosa en 1684, conformada por cuatro piezas de gran formato que se encuentran en el templo de Carabuco.¹³ Este conjunto pictórico, que incluye “El Juicio Final”, “El Infierno”, “La Gloria” y “El purgatorio”, es uno de los más representativos de la pintura

virreinal boliviana. Se cree que este pintor podría ser nuestro maestro anónimo porque los ángeles que figuran en el “Juicio Final” tienen atuendos, actitudes y expresiones idénticos a los de Calamarca. Los ropajes de los ángeles andinos tienen mangas amplias, debajo las cuales se llega a ver bordes con lentejuela de una exquisita camisa, que se ubica bajo una chaqueta bordada, corta y gruesa. Los trajes, e incluso las botas, están atados con hebillas de piedras preciosas, y cintas que flotan al viento completan el atuendo. Los colores son generalmente violentos, o lo que Gabriela Siracusano¹⁴ nombró como “La paleta del espanto”.

Y así podríamos seguir encontrando similitudes y coincidencias en las obras de muchos otros artistas contemporáneos a la época, y no solo con los trabajos del Maestro de Calamarca, sino con muchas otras piezas de la cultura boliviana, que carecen de un autor o, en el peor de los

casos, un contexto.

Es por estos vacíos históricos que es imperativa la creación de documentos que faciliten el trabajo de investigación a los pensadores del futuro y a los actuales.

Este espacio también persigue como fin visibilizar los esfuerzos de un gremio que también pasa como anónimo, el de los restauradores y conservadores de bienes culturales. En el país, debido a la carencia de una licenciatura en temas de conservación, es que se desconoce de la profesión, de sus alcances y de sus logros dentro del campo de la preservación de la historia; son los grandes anónimos detrás de los anónimos de la cultura.

Es de esta manera que se inaugura esta columna literaria dedicada a la conservación de la herencia cultural boliviana, que sigue produciendo variadas manifestaciones en la actualidad.

Notas

1. Oruro, Bolivia, 1938 - México, D. F., México, 1984. Político, sociólogo y filósofo boliviano.
2. Una ciudad capital de la región autónoma de Sicilia y de la Ciudad Metropolitana de Palermo.
3. Amberes, 1553-1619. Realizó un elevado número de estampas, algunas editadas por él mismo, estimándose en unos 650 sus grabados, ejecutados con excelente técnica y amor por el detalle, pero en su mayoría sobre composiciones ajenas.
4. La ermita de Nuestra Señora de Allende es una construcción barroca del siglo XVII. Es un edificio en sillería y mampostería, con planta de cruz latina, cúpula sobre crucero y bóvedas de lunetos. En su interior alberga la imagen gótica de la Virgen de Allende, del siglo XIV, patrona de Ezcaray y una valiosa colección de diez ángeles arcabuceros, óleos procedentes de una escuela pictórica del Virreinato del Perú de los siglos XVII y XVIII, donados por el ezcarayense arzobispo de Lima, Pedro Antonio Barroeta y Ángel.
5. Calamarca es la cuarta sección municipal de la provincia Aroma del departamento de La Paz. Está situada sobre la ruta asfaltada La Paz - Oruro, a una distancia de 50 km de la sede de gobierno. Se encuentra a una altitud de 4.000 msnm.
6. A fines del siglo XVII, los artistas indígenas y mestizos son cada vez más numerosos. Es entonces que la pintura –salvo en Potosí, en donde Holguín imprime la marca de un arte diferente– comienza a asumir su propia identidad y a alejarse de los modelos europeos. Cuzco y el Collao son los centros de esta nueva tendencia. Las pinturas más apreciadas son aquellas que carecen de perspectiva, con escenas variadas y anecdóticas y personajes de belleza convencional. El oro, utilizado en demasía en los primeros años, luego desaparece con el manierismo. El siglo XVIII está marcado por un interés creciente hacia la historia incaica.
7. Otro pintor anónimo que realizó una serie completa en el pueblo del mismo nombre, en Puno (Perú). Lamentablemente, esta serie se encuentra desaparecida. Estaba compuesta de Miguel con bastón de mando, Gabriel con sombrero, Rafael con partesana, Ángel de la Guarda con arcabuz, Ostel con trompeta y corona, Timor Dei limpiando el arcabuz y Adriel cargando el arcabuz al hombro.

8. La Paz, Bolivia, 1650 - ? Artista pintor. Trabajó entre los años 1683 y 1684 a las orillas del lago Titicaca (Italaque, Puerto Acosta y Yunguyo). Fue contemporáneo de Melchor Pérez de Holguín y se lo clasifica entre los cultores del barroco mestizo.
9. Se encuentra ubicado en la Provincia Camacho del Departamento de La Paz, Bolivia.
10. La Basílica de San Francisco de la ciudad de La Paz, Bolivia, es un templo católico bajo la advocación de San Francisco de Asís. Está situado en el centro de la ciudad. Fue construida entre los siglos XVI y XVIII en el denominado estilo barroco mestizo
11. Jorge de Capadocia (en griego, Γεώργιος Georgios; en siríaco clásico, ܝܘܪܓܝܫ Giwargis; en latín, Georgius) es el nombre de un soldado romano de Capadocia (en la actual Turquía), mártir y más tarde santo cristiano. Se le atribuye haber vivido entre 275 o 280 y el 23 de abril de 303. Es considerado pariente de Santa Nina. Su popularidad en la Edad Media le ha llevado a ser uno de los santos más venerados en las diferentes creencias cristianas e incluso –en un fenómeno de sincretismo– en las religiones afroamericanas y musulmana de Medio Oriente, especialmente Palestina, donde le llaman Mar Giries (árabe cristiano) o Al-Khader (árabe tanto cristiano como musulmán).
12. Lamentablemente, no se cuenta con datos biográficos sobre este pintor.
13. El Puerto Mayor de Carabuco está ubicado a 156 kilómetros de la ciudad de La Paz. Es la capital de la 3ra. Sección de la provincia Camacho. Se halla a una altura de 3.816 msnm, asentado en la ribera del lago Titicaca. El templo se encuentra al noreste de la plaza principal del pueblo, construido a fines del siglo XVI. En el siglo XVIII fue rehecho gracias al benefactor, el Cacique Agustín Siñani, especialmente el muro de la nave, el baptisterio, el coro y la torre. Fue declarado Monumento Nacional por D.S. 8171 de 7 de diciembre de 1967.
14. Doctora en Historia del Arte, investigadora del Conicet y profesora titular de arte colonial de la Universidad Nacional General San Martín (UNSAM).



Recepción: 18 de febrero de 2017
Aprobación: 25 de febrero de 2017
Publicación: Abril de 2017